

## CAPÍTULO IX.

Si pudiera añadirse algo al desden que inspira naturalmente á toda alma orgullosa la popularidad, falsificación de la gloria, contaría aquí al pormenor el regreso de Colon al mismo puerto de donde habia salido veinte y nueve meses ántes, bajo los auspicios de un favor tan popular.

Bastará decir para continuacion de este relato, que el contraste fué á medida del deseo para un cristiano, y que en los escritos del Almirante no hay ni una sola palabra que deje ver que semejante tribulacion le haya encontrado inferior á sí mismo.

El silencio de los dos reyes despues que les hubo notificado su vuelta, debía serle más sensible, porque en su presencia debía abogar á favor de la causa, no de su gloria ya, pero sí de su empresa comprometida y de su honra atacada. Este silencio pesó sobre él durante todo un mes, que es muy verosímil lo pasaria en el convento de la Rábida, al lado de su amigo Juan Pérez que regresó con él, y de quien no se sabe más desde aquella época sino que murió poco tiempo ántes que Cristóbal Colon.

Cuando llegó finalmente la carta de los reyes que le llamaba á Búrgos, donde estaba la corte, el Almirante, virey de las Indias habia vuelto á vestir su antiguo hábito de franciscano en memoria de sus primeras luchas, y en vista de las que se preparaba á sostener. Sabido es cuanto estimaba aquella armadura compuesta de paciencia y humildad. Hasta al dirigirse á pequeñas jornadas á Búrgos no quiso vestir otro traje. De esta manera sorprendia, á lo ménos por su sencillez, aquellas poblaciones de ánimo móvil no asombrado ya por la pompa de una comitiva, en la que sin embargo podian ver un Indio que llevaba una cadena de oro, que pesaba unas diez y seis mil pesetas de nuestra moneda, cantidad muy grande para aquella época.

En efecto, el Almirante habia tenido la inaudita suerte, la última, de descubrir



una opulenta mina de oro en Santo Domingo, y precisamente en el mismo instante en que partía para ir á defenderse de una acusacion, la más séria,—digámoslo claramente, la única séria,—que jamas se hubiese formulado contra él, la acusacion de haber exagerado algo la riqueza mineral de las inmensas y fértiles regiones reveladas y dadas por él á España.

Pero este descubrimiento y las pruebas materiales palpables, que certificaban su realidad, distaban mucho de producir el efecto que muy naturalmente habia esperado de ellos recordando su primer triunfo. El encanto estaba roto, pero roto por siempre. Los desertores de la expedicion habian hablado.

Aquellos españoles conocian mejor que el genoves Cristóbal Colon la arrogante indolencia de un pueblo que todavia hoy recoge el aceite peor del mundo, cuando, podria recoger el mejor del universo, si en lugar de recoger sus aceitunas podridas debajo del árbol, se dignara cogerlas á tiempo. Pues bien, á aquel pueblo de nobles se le habia hecho saber que aún era preciso tomarse la molestia de recoger el oro por muy abundante que pudiera ser en el nuevo mundo. Desde aquel día, el nuevo mundo y su revelador habian perdido todo su prestigio.

Esta tribulacion no desalentó al Almirante, que, en una palabra, jamas habia contado formalmente sino con Isabel. Por fria que hubiese sido la carta oficial que le llamaba á Búrgos, por prevenidos que esperara encontrar á los dos reyes, se presentó á su audiencia con respeto, confiado pero natural, ante el que se deshizo repentinamente todo el cúmulo de acusaciones intentadas contra él.

En lugar de la defensa que él habia preparado algo al azar, no se le pidió más que la relacion de la segunda expedicion, relacion que no fué interrumpida sino por las muestras de interes y por las preguntas que demostraban la viva é inteligente curiosidad de Isabel.

El rey Fernando, de carácter ménos expansivo, interrogó á Colon acerca de un solo punto que éste, por precaucion, quizas fingida, habia evitado tocar. Con esto hubo bastante para despertar las esperanzas de los poderosos enemigos de Colon, quienes creian que el Almirante no estaba en disposicion de contestar de una manera satisfactoria acerca de este punto que era el capital para ellos lo mismo que para el rey.

En efecto, Colon no respondió, á lo ménos verbalmente: hizo adelantar al Indio portador de la pesada cadena de oro que desde Sevilla á Búrgos habia tenido tan poco éxito en las campañas.

Aquel acto fué un verdadero efecto teatral, y por el efecto que produjo en el rey y en toda su corte, se pudo ver una vez más cuánto tienen los grandes, en ciertas materias, más fino y más prudente el sentido que no el vulgo.

No se contentó con esto el Almirante: miéntras que la reina y sus damas examinaban á instancia suya aves raras, hermosas piedras en su obróque, trozos de

ámbar, conchas de ostras perlieras, presentaba á la vista del rey enormes muestras de la mina de oro tan á propósito descubierta por él en la costa meridional de Santo Domingo.

Al verlo, y sobre todo ante la mirada severa que el monarca lanzó sobre los enemigos de Colon, comprendieron los Fonseca y los Margarit y su camarilla que su triunfo estaba á lo ménos aplazado.

Colon no se valió de lo suyo propio sino con encantadora modestia, ni intentó prevalerse de ello para reconquistar una popularidad cuya inconstancia le habia hecho conocer su poco valor. Orgullosa y más conmovido aún por las pruebas de aprecio que le daba la reina y por las audiencias privadas á que se dignaba llamarle con la fiel duquesa de Moya, y la ilustre Juana de la Torre, ama del Infante, de la que se habia hecho una íntima amiga, consolábase en un comercio tan augusto de las moratorias opuestas á una nueva expedicion, prenda del reconocimiento oficial de sus derechos.

Añadamos aqui que Isabel le habia procurado un gran consuelo, porque, agregándose á su servidumbre como pajes los dos hijos de Colon, habia querido que no pudiera acercársele sin ver á sus hijos. Pero el sentimiento que habia inspirado una atencion tan delicada á esta reina, la más tierna de las madres, iba muy luégo á experimentar heridas tan lamentables para ella como fatales habian de ser de rechazo para su protegido.

El matrimonio de la princesa Margarita, su hija, con el rey de Portugal, por mucho que ella lo hubiese deseado, le habia impuesto ya una separacion dolorosa, é inspirándole al propio tiempo unas preocupaciones, de las que el Almirante no habia podido pensar distraerla. De este modo se habian pasado algunos meses, perdidos para Colon, y durante los cuales el rey se habia dejado influir otra vez poquito á poco contra este, y no sin alguna apariencia de razon.

El jefe de tres buques procedentes de la colonia se habia alabado de que traía un cargamento de oro en barras. Esta expresion, tomada al pié de la letra, habia determinado á Fernando á disponer de fondos destinados por la reina á una tercera expedicion del Almirante, y, en resumen, el envío de la colonia se habia encontrado reducido á cierto número de Indios cuya venta, para un capitan, hombre de imaginacion, representaba oro en barras.

Ya se deja adivinar qué partido sacaria de semejante decepcion el odio velado por la caridad. Desde aquel día habia nacido la filantropía; no llevaba todavia el nombre que ha sabido hacer tan famoso y tan halagüeño, pero Colon la reconoció, y pudo juzgar hasta qué grado de poder se levantaria un día, guiándose por todo el terreno que hizo ganar á sus enemigos.

Los mismos hidalgos, que habian ejercido horribles crueldades en los naturales de Cuba y de Santo Domingo, otros que poseian en Castilla esclavos negros ó



moros, otros tambien que habian hecho quemar judios á fuego lento, se santiguaban á la sola idea de que pudiera reducirse á esclavitud, ó hacer trabajar en las minas á inocentes caraiibes, á pobres indios antropófagos.

Y al propio tiempo se censuraba á la nueva colonia por no haber derramado suficiente oro en las arcas de la metrópoli.

Parece que hubiera sido más sencillo ir á reemplazar en el trabajo de las minas á los infortunados Indios; pero nuevo mundo, habia caído el país del oro en tal descrédito, que para ir allá al mando de su revelador, ya no se encontraban más que asesinos, ladrones, presidiarios condenados á cadena perpétua; y aún, al cebo de la libertad, era preciso añadir para halagarles, la promesa de toda clase de ventajas y de un próximo regreso á Europa.

La perspectiva de tener que disciplinar á semejantes hombres desanimaba ménos á Colon que los viles chismes del Consejo de Indias, cuyo administrador general era siempre el obispo Fonseca. Estos disgustos parecieron por un momento haber apurado á tal extremo su paciencia, que, para librarle de ellos, ofrecióle la reina constituirle en la isla de Santo Domingo un vasto principado hereditario; pero Colon declinó este ofrecimiento verdaderamente regio, por creerlo inspirado por rivales envidiosos de adormecer ó circunscribir á lo ménos su actividad, y excitado por ese aguijon, se le vió proveer por sí mismo á la compra de las más insignificantes provisiones y toda clase de géneros destinados á la expedicion.

De esta manera probó que la misma voluntad, acostumbrada en él á subyugar las voluntades más indóciles, estaba tambien á prueba de los pequeños y de los grandes obstáculos.

Después de todo un año de esfuerzos sostenidos por Isabel con poca constancia creia por un momento llegar á su objeto, cuando la muerte casi repentina del infante don Juan, hijo querido de esta reina, habia venido á cerrarle todo recurso á la intervencion de una madre tan cruelmente atribulada.

Solamente hasta al cabo de ocho meses de este doloroso acontecimiento, y en las más tristes condiciones,—como puede dar idea de ello lo hasta aquí dicho,—se hizo á la mar desde el puerto de San Lúcar de Barrameda.

Hasta el último instante, habia podido temer ver su expedicion revocada ó á la ménos retardada. Insultado, maldecido por el populacho, amenazado en su propia nave por un judío, habia tenido que derribar al suelo, y echar á puntapiés al mar al vil agente de la camarilla filantrópica y de las oficinas de la marina.

Aquel miserable fué por lo demas espléndidamente indemnizado por los principales del partido: se le hizo pasar por mártir, por victima, como se ha hecho después con otros tantos semejantes suyos; pero aquel incidente, que no podia ya desacreditar á Colon en las oficinas ni en la sinagoga, hizo pensar á lo ménos á los bandidos que componian su tripulacion que su almirante era un hombre.

En la tarde de aquel mismo dia, encabezaba Colon su diario dirigido á los dos reyes, en los siguientes términos:

«Miércoles, 30 de mayo (1498), salí en nombre de la Santísima Trinidad de la ciudad de San Lúcar, padeciendo todavia de las fatigas de mis primeros viajes. En mi precedente regreso de las Indias, habia esperado disfrutar algun reposo en España, pero no encontré en ella más que disgustos y tormentos.»

El autor de estas lineas no se llevaba solamente de su patria adoptiva el sentimiento de ser despreciado en ella; á semejante causa de desaliento, se añadian padecimientos físicos, que no temió agravar por la eleccion de un itinerario, el más aventurado que hasta entónces se habia propuesto.

Cuando hubo llegado, casi debajo de la linea ecuatorial, primeramente á la isla de la Trinidad, después al inmenso delta formado por las bocas del Orinoco, habia comprado este importante descubrimiento de la tierra firme por todos los sufrimientos que á un hombre pueden causar el hambre, la sed, los elementos, la enfermedad.

Estas pruebas, algunas de las cuales eran tan nuevas para él como para sus compañeros, no domaron su energia. Luchando con una tripulacion cuyas miserias le hacian solamente perdonar su poca sumision, minado por la calentura, torturado por la gota, privado casi de la vista por una oftalmia, dictaba las siguientes lineas: «Estando en el puente del buque, á una hora avanzada de la noche, oí un ruido como un rugido terrible, y como procurara penetrar la oscuridad, vi en el mismo instante, al sud, el mar que avanzaba lentamente hacia nosotros semejante á una colina alta como un barco. Encima, con horrible estrépido, rodaba una corriente que tuve por seguro nos iba á engullir. Todavía ahora, cuando pienso en ello, experimento un pasmo doloroso. Afortunadamente, la corriente y la montaña de agua pasaron por otro punto, dirigiéndose hacia la entrada del canal, donde se hundieron después de haber remolineado algun tiempo.

Colon no vaciló en penetrar en aquel canal, cuya entrada oriental recibió el nombre de Boca del Dragon, pocas horas después de la enorme masa de agua que allí se habia engolfado.

De pronto no se explicó allí este último fenómeno por la súbita crecida de uno de los inmensos rios que desembocan en el golfo de Paria. Pero muy pronto el sabor de las aguas y otros informes é indicios le revelaron la existencia de un continente que las circunstancias no le permitían por desgracia explorar como él hubiera querido.

No obstante no se alejó de allí sin haber recogido preciosas observaciones, entre otras las de la corriente ecuatorial, cuyo descubrimiento le pertenece. Complacíase uno en creer que en aquellos mismos lugares donde él veia el emplazamiento del Paraiso terrenal, hubiese tambien descubierto Colon el entumecimiento del globo en la zona ecuatorial, pero los términos con que se expresa acerca de esta